

Domingo I Adviento. Año A

Lectio divina sobre Mt 24,37-44

El tiempo de Adviento abre el Año Cristiano: con no poco acierto la Iglesia pretende centrarnos en la contemplación, pausada pero sin interrupciones, del misterio de nuestra salvación. Haciendo memoria de ella, nuestra fe se reafirmará con más fuerza; cuanto más contemplemos el amor que Dios nos ha probado, mejor se sostendrá nuestra esperanza, si más nostalgia sentimos de ese amor que tantas veces ignoramos o perdemos por nuestra culpa; y lograremos sabernos mejor amados de Dios, en la medida en que le permitamos que nos ame más, día a día.

Convencidos como estaban los cristianos de la venida del Señor, mucho les preocupaban conocer el momento de su llegada para prepararse a ella. Mateo no responde a las expectativas de sus lectores: repite su fe, que vendrá el Señor, y la inutilidad de dedicarse a adivinar su venida, pues vendrá inesperadamente. Y para ello recuerda el comportamiento despreocupado de los hombres antes del diluvio e imagina la actitud previsora de quien teme a un ladrón. Para quien sabe que su Señor está en camino, no le queda más remedio que ponerse a esperarle: vigilia y sentido de la propia responsabilidad son *los modos de vivir hoy la esperanza cristiana*; son la forma de ser esperado que desea encontrar en sus fieles el Señor que está por venir. Así lo advirtió hace dos mil años.

Mateo 24, 37-44

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

-«Cuando venga el Hijo del hombre, pasará como en tiempo de Noé.

Antes del diluvio, la gente comía y bebía y se casaba, hasta el día en que Noé entró en el arca; y cuando menos lo esperaban llegó el diluvio y se los llevó a todos; lo mismo sucederá cuando venga el Hijo del hombre:

Dos hombres estarán en el campo: a uno se lo llevarán y a otro lo dejarán; dos mujeres estarán moliendo: a una se la llevarán y a otra la dejarán.

Por tanto, estad en vela, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor.

Comprended que si supiera el dueño de casa a qué hora de la noche viene el ladrón, estaría en vela y no dejarla abrir un boquete en su casa.

Por eso, estad también vosotros preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre.»

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

El pasaje evangélico es parte del último discurso de Jesús en el evangelio de Mateo; trata la venida del hijo del hombre, un acontecimiento, que ha pesar de estarse retrasando más de lo esperado, se piensa inminente. Tras haber confirmado su venida en una primera parte (Mt 24,1-35), Jesús urge ahora a la necesaria preparación (Mt 24,36-51): un suceso tan decisivo exige diligencia y trámites: no se puede saber que está por llegar el Señor sin ponerse a velar; que la hora de su llegada sea incierta, no hace la hace hipotética; si el Señor está ya de camino, hay que esperarle sin más. En tiempos de incertidumbre no es de recibo otra ocupación que la continua vela.

Jesús refuerza su exhortación con dos símiles: uno, traído de la historia bíblica; el otro, es experiencia de vida. En ambos casos, Jesús motiva a sus discípulos a 'leer' la vida, pasada o presente, para comprender la actuación de Dios y sus 'tiempos'.

Lo ocurrido en los días de Noé es ejemplar: puesto que nadie esperaba un diluvio, todos continuaban enfrascados en sus vidas; no hacían, es verdad, nada malo; más aún, hacían lo de siempre, lo lógico, lo que de ellos se esperaba: comían, bebían, se casaban...; pensaban que no iba a pasar nada extraordinario, y perecieron. No hacían lo que les hubiera salvado: entrar en el arca; no se hicieron un arca, porque no contaban con un diluvio. No se prepararon para lo que no esperaban...: 'llegó el diluvio y se los llevó a todos'.

Suele ocurrir, cuando irrumpe un ladrón en casa, que el amo de casa no se lo imagina siquiera; lo inesperado de su presencia, la sorpresa que causa, es su mejor aliado. De haberlo sabido, el propietario se habría defendido mejor, lo habría esperado en vela, habría impedido que forzara la entrada.

El diluvio es una calamidad natural; viene sin avisar, pero que ocurra no es decisión que alguien toma libremente. Es una desgracia inevitable. No así la llegada del ladrón, quien suele elegir hacerse presente cuando menos se le espera. La venida del Hijo del hombre se asemeja a ambas desventuras: será tan inevitable como una calamidad natural, tan certera y bien elegida, como un allanamiento. No hay otra posible respuesta que la vigilia y la preparación.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Aunque lo hayamos olvidado o no lo queramos entender, el cristiano vive esperando el retorno de su Señor, que ha de venir a juzgar a vivos y muertos. *Crear en el Señor Resucitado es crearle en camino hacia nosotros*. Sin duda alguna, uno de los síntomas más evidentes de la pérdida de fe, imperceptible casi pero en continuo progreso, en que vivimos los creyentes, es la escasa añoranza que por Cristo sentimos, la débil nostalgia que de él

alimentamos, la pérdida del entusiasmo ante la certeza de su retorno. ¡Y pensar que los primeros cristianos empezaron a creer en Cristo, al mismo tiempo que comenzaron a esperar su venida gloriosa!

Ello significa que no es posible, ¡no es siquiera pensable!, una auténtica vida de fe que no viva, se nutra de y se exprese como, esperanza. Nada de extraño hay en que, por no esperar ya casi nada nuevo, nada mejor, de nuestro Dios, estemos perdiendo a Dios en nuestro mundo y en nuestro corazón. Más aún, *Dios está perdiendo credibilidad ante nuestros ojos; y se nota, a veces de modo patente, porque ya no le aguardamos, porque nos consagramos con fruición a vivir 'a fondo' la vida que perecerá; nada, eso nos parece, hay que esperar de un Dios que no se hace presente cuando nos hace falta. Bien pensado, poco respeto se merece Dios que no nos obliga a buscarle; poco valdría si no nos obligara a echarle en falta, a desearle, a esperarle: indigno de nuestra fe sería, si no nos exigiera vivir esperanzados porque un día ha de volver.*

Los creyentes hoy, como los contemporáneos de Noé, seguimos ocupándonos en beber, comer, casarnos ... Sólo porque nos preocupa nuestro futuro y lo programamos con antelación, nos ilusionamos con tenerlo bajo control; vivimos el presente para sobrevivir en el porvenir. A base de planificar hoy lo que será de nosotros mañana, nos creemos hoy al abrigo de sorpresas. *Tan preocupados estamos por las cosas importantes que tenemos que solventar hoy, que no esperamos que nos pueda pasar algo mejor mañana; siempre tenemos algo que hacer en estos días que nos quita el tiempo y las ganas de ponernos a pensar en lo mucho que nos falta Dios. Muchas son las cosas que nos quitan hoy el sueño, casi nunca es Dios, ni su falta, el motivo de nuestros insomnios.* No pensamos, como el dueño de la casa que no la guardaba, que el ladrón puede venir a saquearla en cualquier momento.

Porque, y aquí reside gravedad de la advertencia de Jesús, hay que darse cuenta que ni los contemporáneos de Noé, quienes vivían su vida normal, ni el señor que no prevé el asalto de su casa hacían nada malo; no contaban, eso sí, con que les iba a suceder algo malo y dejaban de hacer lo más necesario; sólo porque no estaban preparados, no esperaban que les sucediera una desgracia vivían despreocupados: ésa fue su desgracia. No es que nos ocupemos de cosas extraordinarias, ni siquiera llegamos a hacer cosas muy malas: vivimos simplemente al día, sin sentir a Dios como nuestro mejor porvenir. *Ocupados en nuestras preocupaciones diarias, Dios está dejando de preocuparnos. Teniendo que atender a un montón de asuntos, nos parece más que lógico que desatendamos a Dios. Encerrados, como estamos, en nuestros problemas, estamos enterrando nuestra esperanza y desentendiéndonos de nuestra salvación.*

No hay excusa para quienes, como discípulos de Jesús que somos, sabemos que él vendrá un día; más aún, que está ya en camino hacia nosotros. Dejar, pues, que las preocupaciones diarias ahoguen nuestra necesidad de Dios, negar a Dios un lugar - ¡el puesto de honor! - entre nuestras mejores esperanzas, nos lleva irremisiblemente a que perdamos la fe en la vida y la ilusión por Dios. ¡Qué triste espectáculo estamos dando los cristianos en nuestra sociedad, contándonos - como grupo y como individuos - entre los menos comprometidos por hacer mejor nuestro mundo, los que más se desentienden de hacerse mejores en este mundo! Cuando venga nuestro Señor, ¿nos hallará aún despiertos, vivos, activos, vigilantes?, ¿nos encontrará preparados para su llegada?

Debemos al mundo de hoy el testimonio de nuestra esperanza. Es verdad: *la esperanza cristiana no se apoya en lo que vemos ni en lo que nos ofrecen los demás, descansa sólo en la promesa del Señor: él vendrá un día y quien lo sabe, encuentra fuerzas para esperarle todos los días. Allí donde falta Dios, allí tendríamos que estar nosotros, que le esperamos, sin suplantarle sólo representándole.* Allí donde sobre desesperanza, allí tenemos una tarea por hacer. Quien vive aguardando a su Dios no tiene motivos para desesperar: no encontrarle en su mundo le presta mayor fuerza a su esperanza. No saber a ciencia cierta cuándo vendrá, le mantiene en continua espera de su Señor. El mundo de hoy necesita testigos de Dios, que mantengan viva la esperanza de encontrarle un día y que vigilen día y noche hasta que lo encuentren.. El Señor se dejará encontrar por quienes encuentre ocupados mientras lo esperan: ¿cómo estamos viviendo este tiempo de espera?